

LENGUAS EN CONTACTO Y PROBLEMAS INTERLINGÜÍSTICOS EN LA HISTORIA ECCLESIASTICA DE BEDA

Antonio María MARTÍN RODRÍGUEZ

La *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* comienza con una descripción física de Britania, a la que sigue una referencia a las cinco lenguas que se hablaban en la isla, las de los Anglos, Bretones, Escotos y Pictos, además de la latina, que se utilizaba, en particular, para la liturgia.¹ No es nuestra intención estudiar, desde la perspectiva usual en los estudios de historia de la lengua,² la relación entre las lenguas de cada una de esas comunidades, ni menos aún las diferencias diatópicas, diafásicas o diastráticas dentro de cada una de ellas. Nuestro propósito es mucho más modesto, aunque se inscribe en el marco de una investigación más amplia sobre la representación en la literatura escrita en latín de parlamentos enunciados en una lengua distinta de aquella en la que se escriben.

El problema lógico que esta cuestión plantea no es específico de la literatura latina, sino que se presenta en cualquier cultura en la que se haya tomado conciencia de la existencia del otro, en cuanto miembro de una comunidad parlante que emplea un código distinto del de la lengua propia. Dicha conciencia existía, desde luego, en la antigua Grecia, como ilustra la dicotomía griegos / bárbaros, a los que se da nombre genérico, precisamente, en función del empleo de una lengua ininteligible o sentida como distinta. Y también en Roma, que adoptó, ajustándola a sus intereses, una dicotomía semejante. Pero, en el terreno de la literatura, las diferencias lingüísticas que implica dicha dicotomía parecen carecer de relevancia. *Los Persas* de Esquilo, por ejemplo, presenta a personajes persas hablando entre sí en griego, y las *Metamorfosis* de Ovidio a personajes griegos hablando entre sí en latín, lengua en la que también se expresan los personajes supuestamente griegos de la *palliatia*, sin que el autor se sienta obligado a ofrecer para ello la más mínima explicación. El procedimiento, por lo demás, no puede achacarse a la ingenuidad de las culturas antiguas, sino que parece enraizado en la tradición literaria hasta nuestros días.

1 Que eran sólo cuatro las efectivamente habladas se deduce de 3.6, donde Britania se presenta dividida en cuatro ámbitos lingüísticos, correspondientes a los Bretones, Pictos, Escotos y Anglos. La hipótesis de A. C. Thomas ("The Evidence from North Britain", en M. W. Barley y R. P. C. Hanson, *Christianity in Britain* (Leicester), 1968, 93-121; 119) de que el criterio que sigue Beda en I.1 al enumerar dichas lenguas es el orden de decreciente ininteligibilidad para él parece arbitrario, como ha señalado J. M. Wallace-Hadrill, *Beda's Ecclesiastical History of the English People. A Historical Commentary* (Oxford), 2002 (1988), 8. Parece claro que no había quedado reducto alguno de población latino-parlante después del colapso de la provincia romana, aunque sí es posible que algunas personas cultas pudieran aún hablar el latín; sobre la extensión del empleo del latín en la Britania romana, que parece que no llegó nunca a suplantarse a la lengua celta que hablaba el pueblo llano, cf. K. H. Jackson, "The British Language during the Period of the English Settlement", en N. K. Chadwick (ed.), *Studies in Early British History* (Cambridge), 1959, pp.61-82. La llegada de los monjes Teodoro y Hadriano, en la segunda mitad del siglo VII, propició que hubiera incluso un pequeño foco de conocimiento del griego; cf. 4.2; 5.2 y 5.20. Sobre la figura de Teodoro y su época pueden verse los estudios reunidos en M. Lapidge (ed.), *Archbishop Theodore. Commemorative Studies on his Life and Influence* (Cambridge), 1995.

2 Remitimos a los lectores interesados, por ejemplo, a los estudios reunidos por A. Bammesberger y A. Wollmann (ed.), *Britain 400-600. Language and History* (Heidelberg), 1990.

Ahora bien, la situación se complica cuando en el escenario descrito interfieren personajes que hablan lenguas distintas, aunque no parece que ello preocupara en exceso a los autores antiguos. En la *Iliada*, por ejemplo, los griegos hablan entre sí en griego, como es natural, pero también los troyanos utilizan en sus parlamentos esa misma lengua, tanto cuando hablan entre ellos como cuando lo hacen con los invasores helenos, sin que en ningún momento se sienta la necesidad de indicar que los troyanos utilizaban en realidad su propia lengua.

El problema, en todo caso, afecta no sólo a la épica y el drama, sino también a la historiografía antigua, que, a diferencia de la moderna, no aspiraba a ser una ciencia, sino que era un género literario, que contaba no lo realmente acaecido, sino lo que podría verosímelmente haber sucedido, lo que lo acerca, en realidad, a la moderna novela histórica. Por ello, no sentía empacho en adornar la narración de los hechos y en presentarla de una manera más viva y agradable al lector. Un elemento esencial para ello era la inserción de discursos en estilo directo, que, cuando se trata de una realidad en la que se emplean lenguas diferentes, plantean problemas semejantes a los que estamos analizando. Un ejemplo paradigmático podría suministrarlos precisamente la *Historia Ecclesiastica* de Beda, que, como ya se dijo, empieza recordando la existencia en Britania de cuatro ámbitos lingüísticos diferentes.³ Parece lógico, entonces, que los hablantes de cada uno de estos cuatro ámbitos lingüísticos, bien representados en los personajes que aparecen en la obra, hablaran entre sí en su propia lengua; pero, dado que la obra trata de la cristianización del conjunto de la isla, y que la conversión de los pueblos suele ir ligada a la labor misionera de predicadores foráneos, los contactos interlingüísticos tuvieron que ser forzosamente muy frecuentes en la situación histórica que se describe.⁴ Por otra parte, una situación histórica convulsa y un panorama político muy fragmentado propiciaron que buen número de personajes de alcurnia de cada una de esas comunidades hubiera de exiliarse en los reinos vecinos. En tercer lugar, las modas religiosas de la época favorecían que muchas personas abandonaran por amor a Dios su patria, y se entregaran a un exilio religioso voluntario, que los llevaba a regiones vecinas o, con más frecuencia, al Continente y a la cercana Irlanda, que actuó siempre como faro cultural y religioso de la Inglaterra primitiva, y como cantera inagotable de misioneros y obispos, que se encontraban con frecuencia, al menos al principio de sus tareas pastorales, con problemas interlingüísticos. También los misioneros enviados desde Roma por el papa Gregorio Magno a finales del siglo VI hubieron de enfrentarse, al menos en los comienzos de su misión, a problemas de orden lingüístico durante la evangelización de Kent y otras regiones del sur de Britania, y los mismos problemas acuciarían sin duda al arzobispo Teodoro, enviado más tarde por el papa Vitaliano para restablecer el cristianismo claudicante en la isla; sin embargo, no se hace mención alguna de problemas lingüísticos o intérpretes en la descripción de su fecunda labor predicadora por toda la isla (4.2). Por otra parte, tras la muerte del rey Edwin y el relapso en el paganismo de Northumbria, los obispos procedentes de Irlanda

3 Naturalmente Beda simplifica una situación lingüística sin duda mucho más compleja. En el ámbito picto, por ejemplo, parece que coexistían una lengua no-indoeuropea, la de los pobladores más antiguos, y una lengua céltica, al parecer más ligada al bretón y al galo que al irlandés, como señalara J. H. Jackson, "The Pictish Language", en F. T. Wainwright (ed.), *The Problem of the Picts* (Edimburgo), 1955, pp.129-60; 152, y la lengua de los anglos, obviamente, engloba tanto al sajón, así como las variantes dialectales de cada uno de ellos.

4 Para los problemas lingüísticos a los que hubo de enfrentarse la evangelización de Inglaterra puede verse A. Crépin, "Bede and the Vernacular", en G. Bonner (ed.), *Famulus Christi*, (Londres), 1976, pp.170-92.

tomaron el relevo en la evangelización de los anglos del norte, tarea que conllevó también sin duda problemas lingüísticos para los evangelizadores. En la conversión, en fin, de los pictos del norte por obra del irlandés Columbano (2.3) en 565 - los pictos del sur ya habían sido evangelizados por el misionero bretón Ninian (3.4) -, también hubieron de presentarse problemas lingüísticos, que no se precisan en la crónica de Beda, pero sí en la vida del santo irlandés elaborada por Adamnan, donde se indica que hubo de servirse de intérpretes.

Beda era anglosajón, pero, naturalmente, dadas las condiciones culturales de la época, no eligió su lengua nativa para la elaboración de su *Historia*, sino el latín, la lengua de cultura universal,⁵ y todos sus personajes, sea cual sea la lengua que en la realidad emplearan, se expresan, consiguientemente, en la lengua del Lacio, procedimiento que difumina o borra casi por completo las diferencias lingüísticas que caracterizaban a la Britania de los siglos oscuros. Lo que pretendemos analizar, precisamente, es en qué medida afloran en la *Historia* elementos que restituyen o dan relevancia a esa multiplicidad de lenguas difuminada por la elección uniforme del latín para dar expresión a los parlamentos supuestamente pronunciados por cada uno de los personajes.

Son tres, básicamente, las situaciones de comunicación lingüística relevantes que se nos presentan. En primer lugar, cuando el diálogo expresado en latín, bien sea de manera directa, en intercambio directo hablado, o indirecta, por medio de epístolas, recoge, en efecto, palabras que originalmente debieron emitirse en latín. En 1.7, por ejemplo, se cuenta el martirio de San Albano, durante la persecución de Diocleciano, cuando Britania era aún una provincia romana. Cuando Albano es conducido ante las autoridades, el interrogatorio se describe, en estilo directo, en latín, y probablemente tuviera lugar en efecto en esa lengua. En lo que se refiere al diálogo indirecto por medio de epístolas, parece claro que éstas, dadas las condiciones culturales de la época, difícilmente podrían haberse escrito en otra lengua que no fuera la latina. Las epístolas latinas, en todo caso, constituyen un elemento recurrente en la *Historia* de Beda. Un primer grupo lo constituyen las cartas escritas por el Papa a diversos obispos, tanto de Britania como de la Galia o Irlanda. En ellas, un conocimiento suficiente de la lengua latina hace que la comunicación entre remitentes y destinatarios no requiera de intérpretes. Mayor complejidad encontramos cuando un latinoparlante se dirige en latín a alguien cuyos conocimientos y comprensión de la lengua latina no parecen tan evidentes. Es el caso de las epístolas papales a los diversos reyes de Britania, cuya soltura - o falta de ella - en el dominio de la lengua latina raramente se explicita. En un caso, sin embargo, el cronista sí precisa la necesidad de intérpretes y sugiere que el destinatario sólo pudo reaccionar ante el contenido de la carta una vez que le fue traducida a su lengua nativa. En 5.21, en efecto, el rey de los pictos Naitan pide al abad Ceolfrid que se le instruya, entre otras cuestiones, sobre la fecha correcta de la celebración de la pascua. Éste le envía una larguísima carta en latín, que Beda reproduce, tras la cual se explica la reacción de Naitan al recibirla: habiéndose leído en presencia del rey y de muchas personas cultas, y tras haber sido traducida a su lengua diligentemente por quienes podían entenderla, el

5 Sabemos, sin embargo, que compuso también en su lengua nativa. En la epístola de Cutberto a Cutwin, por ejemplo, se nos han transmitido unos versos en lengua vernácula *de terribili exitu animarum e corpore*, junto con su traducción latina. En esta misma epístola se precisan, además, algunas traducciones a la lengua vernácula de Beda, realizadas en sus últimos días de vida: el evangelio de San Juan y unos *excerpta* de Isidoro. El propio Beda, en una carta a Egberto, indica que ha traducido al inglés el *Credo* y el *Padrenuestro*.

soberano se regocijó sobremanera con la exhortación que se le enviaba.

En segundo lugar, debemos considerar aquellos casos en los que el diálogo tiene lugar entre personajes que hablan una misma lengua vernácula, en la que se habría desarrollado sin duda dicha conversación, de haber tenido lugar en la realidad. Normalmente, estos personajes se presentan hablando en latín en estilo directo, sin ulteriores precisiones sobre la lengua en la que realmente tuvo lugar la conversación. Hay, con todo, un caso curioso, en el que Beda se siente obligado a recordarnos que dos de los personajes, cuyo diálogo se reproduce en latín, están hablando, en realidad, en su propia lengua, que el resto de los presentes no comprende. En 3.14 se presenta al obispo irlandés Aidan agasajado por el rey Oswy, pero sumido en una insondable tristeza. Lleno de perplejidad, uno de sus presbíteros, paisano suyo, pregunta al obispo en su lengua, *quam rex et domestici eius non noverant* (precisa Beda), la causa de su aflicción, y éste le revela la premonición de que el rey ha de morir muy pronto.

En tercer lugar, consideramos los diálogos entre personajes que emplean distintas lenguas. En algunos casos, los hechos se presentan ingenuamente como si la diversidad de lenguas no supusiera problema comunicativo alguno. Así, en 1.1 se cuenta cómo los pictos, llegados a Irlanda, procedentes, supuestamente, de Escandinavia, pidieron a los escotos que se les permitiera asentarse, y la respuesta de éstos se presenta en estilo directo, naturalmente en latín, sin mención alguna de la previsible necesidad de intérpretes. Tampoco en 1.17, a propósito de la actividad misionera en Britania de San Germán, obispo de Auxerre, y Lupo, obispo de Troyes, se hace mención de ninguna dificultad lingüística, ni de la necesidad de intérpretes. En todo caso, una anécdota milagrosa que se cuenta en 3.10 parece indicar que la comunicación entre bretones y anglosajones no debía resultar difícil. Tras haber señalado que el polvo recogido del lugar donde murió Oswald tenía poder contra el fuego, se cuenta que pasó por allí un bretón (*alius quidam de natione Brettonum*) y recogió en un saquito un poco de tierra. Continuando su camino, llegó al atardecer a una aldea, y entró en una casa en la que estaban cenando; invitado a pasar, se sentó a la mesa para compartir la comida;⁶ comieron y bebieron, y se quedaron dormidos, y se produjo un incendio, que sólo dejó incólume el lugar donde se había colgado el saquito con el polvo santo.

En cambio, no parece que los misioneros enviados en 596 por Gregorio a Britania albergaran demasiada confianza en sus capacidades lingüísticas para llevar a cabo la misión encomendada.⁷ En 1.23, en efecto, se narra cómo, sin haber llegado aún a su destino, andaban pensando en regresar a casa, antes que enfrentarse a un pueblo bárbaro, fiero, pagano, cuya lengua, por lo demás, dice explícitamente Beda, ni siquiera conocían. El papa, sin embargo, no consintió en relevarlos de la tarea encomendada, sino que les aconsejó que tomaran intérpretes de entre los francos; no en vano el rey de Kent, Edilberto, estaba casado con la princesa franca Berta. Por medio de ellos, Agustín, una vez arribado a la isla de Thanet, como se cuenta en 1.25, hizo saber a Edilberto de su llegada y de la buena nueva que aportaba. Edilberto dejó pasar unos

6 La conversación, de ser cierta la anécdota, tendría lugar, probablemente, en la lengua de los anglos, y no en la del bretón; los anglosajones despreciaban seguramente la lengua de los bretones, mientras que estos tendían a esforzarse en dominar la de los anglos, como apunta G. Tugene, *L'image de la nation anglaise dans l'Histoire Ecclésiastique de Bède le Vénérable*, (Estrasburgo), 2001, 118.

7 Sobre la misión de Agustín puede verse ahora la excelente recopilación de estudios de R. Gameson (ed.), *S' Augustine of Canterbury and the Conversion of England* (Sutton), 1999. Sobre la figura histórica de Gregorio Magno: R. A. Markus, *Gregory the Great and His World* (Cambridge), 1998.

días para encontrarse con los recién llegados. La intervención de los intérpretes francos en esta entrevista, aunque no se explicita, parece más que probable.

A diferencia de las dificultades que se adivinan en la llegada a Kent de los misioneros romanos, no se hace mención alguna de problemas de comunicación en la labor evangelizadora entre los anglosajones de los acompañantes y sucesores de Agustín: Melito, apóstol de los sajones orientales; Justo, que se estableció en Rochester (2.3); Félix, obispo burgundio que evangelizó a los anglos orientales (2.15); Birino, que convirtió a los sajones occidentales (3.7). Tampoco se nos dice nada de las posibles dificultades lingüísticas con las que pudo encontrarse Paulino al evangelizar Northumbria bajo el patronazgo de Edwin. En cambio, después de la debacle del cristianismo tras la muerte de Edwin y la huida al sur de Paulino, la recristianización de Northumbria en el reinado de Oswald por obra de los obispos de procedencia irlandesa sí parece haberse encontrado con problemas de comunicación entre los pastores y su grey. Así, en 3.3 se cuenta cómo el propio Oswald servía de intérprete al obispo Aidan en la evangelización de su reino.⁸ Aidan no dominaba aún la lengua de los anglos, y Oswald había aprendido la de los escotos durante su largo exilio. No se habla, en cambio, de que el monje irlandés Fursa (*vir iste de nobilissimo genere Scottorum*), que evangelizó a los anglos orientales bajo el reinado de Sigberto, tuviera ninguna dificultad en el ejercicio de su tarea (3.19), ni tampoco el obispo Chad en su evangelización de Mercia (4.3). En todo caso, en 3.3 se nos indica cómo, tras la llegada de Aidan y su establecimiento como obispo en Lindisfarne, se produjo una venida cada vez más numerosa de irlandeses, para predicar, bautizar y administrar los sacramentos, a los que se dieron tierras para fundar monasterios, y que se ocuparon de la educación de los jóvenes ingleses, todo lo cual, sin duda, hubo de redundar en una mayor difusión de su lengua en el norte de Inglaterra. Había también jóvenes, tanto nobles como de mediano tenor, que hacían el camino inverso, abandonando su patria y marchando a Irlanda para estudiar las Escrituras.

Problemas relacionados con la diversidad de lenguas parece que se detectan también en el conflicto entre Cenwalh, el rey de los sajones occidentales, y el obispo Agilberto, que se describe en 3.7. Cenwalh, *qui Saxonum tantum linguam noverat*, había hecho venir a Agilberto, un santo varón de formación irlandesa, aunque natural de la Galia, para convertirlo en obispo, pero años después, hastiado de oír una lengua extranjera, introdujo en la provincia un nuevo obispo que hablaba su lengua, llamado Wini. No es seguro, sin embargo, que los motivos de la expulsión fueran exactamente lingüísticos, porque Cenwalh acabaría rompiendo también con Wini, y haciendo llamar de nuevo a Agilberto, ahora obispo de París, que declinó la oferta de restitución que se le brindaba, aunque recomendó a su sobrino.⁹ Por otra parte, no sabemos si esa *barbara loquela* de Agilberto, que tanto molestaba a Cenwalh, era irlandés, o su lengua nativa, aunque sí parece claro que Agilberto no dominaba, como luego veremos, la lengua anglosajona.

Si para un anglosajón como Cenwalh una lengua extranjera resultaba, despectivamente,

8 Sobre la figura de Oswald (633-643) pueden verse los estudios de R. Folz, "Saint Oswald, roi de Northumbrie. Étude d'hagiographie royale", *Analecta Bollandiana* 98 (1980), 49-74, y C Stancliffe y E. Cambridge, *Oswald: Northumbrian King to European Saint* (Stamford) 1995.

9 En la *Crónica Anglosajona*, de hecho, no se mencionan estos problemas interlingüísticos; cf. G. Tugene, *L'idée de nation chez Bède le Vénérable* (Paris, 2001), 296. Tal vez la división de la diócesis estuvo originada, más bien, por la invasión mercia, como apunta H. P. R. Finberg, *The Early Charter of Wessex*, Leicester (1964, 215); citado por J. M. Wallace-Hadrill, *op.cit.*, 99-100).

una *barbara loquela*, la opinión que merecía el inglés para quienes no lo hablaban tampoco parece que fuera muy elevada. Es el caso del papa Gregorio, para quien la lengua de Britania, antes de la conversión, *nihil aliud noverat quam barbarum fremdere* (2.1). Sin embargo, de acuerdo con una conocida anécdota atribuida a Gregorio cuando aún no era papa, parece como si Dios, por medio de la lengua inglesa, le hubiera enviado para exhortarlo a la evangelización de los anglosajones un mensaje semejante al que no supo oír el triunviro Craso en vísperas de la derrota de Carras, cuando un vendedor de higosregonaba su producto gritando *Cauneas, cauneas*, y Craso no supo interpretar el consejo de no seguir adelante: *cau(e) n(e) eas*. Gregorio se aperció de que vendían en un mercado unos mozos *candidi corporis, ac venusti vultus, capillorum quoque forma egregia*. Preguntó de dónde venían, y se le dijo que de Britania. Al saber que eran paganos, se llenó de tristeza, lamentando que unos hombres con tan gracioso natural estuvieran sometidos al señor de las tinieblas. Al inquirir de qué pueblo, en concreto, procedían, le dijeron que eran Anglos, a lo que respondió alegremente: *Bene... nam et angelicam habent faciem, et tales angelorum in caelis decet esse coheredes*. Queriendo saber aún más concretamente de qué provincia habían nacido, se le dijo que de eran de Deiria. El futuro papa, gozoso, dijo: *Bene... Deiri, de ira eruti, et ad misericordiam Christi vocati*. Y al saber, en fin, que su rey se llamaba *Aelli*, haciendo un juego de palabras con su nombre, dijo: *Alleluia! Laudem Dei Creatoris illis in partibus oportet cantari*.

Dificultades con el multilingüismo encontramos también en el sínodo de Whitby (664), en el que se dilucidó la enconada controversia sobre la celebración correcta de la pascua (3.25).¹⁰ En un bando se encontraban la mayoría de los obispos irlandeses y quienes habían abrazado el cristianismo por la predicación de éstos, y en el otro los partidarios de abandonar la práctica consuetudinaria de la isla y ajustarse a la que regía en el resto de la cristiandad. En el primer grupo se encontraba el venerable obispo Cedd, ordenado por los irlandeses, que actuó como intérprete. La principal figura del segundo grupo era Agilberto, cuya impericia en la lengua de los anglosajones le ocasionó, como vimos, graves problemas en su diócesis. Cuando se le concedió la palabra, solicitó que hablara en su lugar su presbítero Vilfrido, aduciendo que “él puede explicar mejor y más claramente lo que pensamos en la propia lengua de los anglos que yo por medio de un intérprete”. Tal vez el que el intérprete perteneciera al bando contrario tuvo también su peso en la decisión de Agilberto.

Si en los casos anteriores las dificultades se referían a conflictos entre las lenguas propias de cada una de las comunidades que conformaban el mosaico cultural de la Inglaterra de la época, en el que abordamos a continuación veremos las incomodidades que planteaba el desconocimiento de la lengua de cultura, el latín. Conocida es, en efecto, la historia de Caedmón,¹¹ que se cuenta en 4.24. Caedmón era un hermano perteneciente a la comunidad del monasterio de Whitby, que poseía el don maravilloso de expresar poéticamente en su lengua nativa anglosajona lo que aprendía de las sagradas escrituras por medio de intérpretes. Una noche, una aparición divina le había dicho: *Caedmon... canta mihi aliquid*, y Caedmón, tras las reticencias iniciales, acabó cantando, obviamente en su lengua, un himno en honor de la

10 Sobre este importante evento en la historia de la iglesia inglesa puede verse: R. Abels, “The Council of Whitby: A Study in Early Anglo-Saxon Politics”, *Journal of British Studies* 23 (1983), 1-25.

11 Para la figura de Caedmón pueden verse los trabajos de G. A. Lester, “The Caedmon Story and its Analogues”, *NPh* 58 (1974), 225-37 y C. O'Hare, “The Story of Caedmon. Bede's Account of the First English Poet”, *American Benedictine Review* 43 (1992), 345-57.

Creación. Al despertarse, retuvo en su memoria cuanto había cantado, y a todos les pareció que se le había concedido por la gracia divina. Después de ello, le expusieron lugares de la Escritura para que, si le era posible, los convirtiera en poema. A la mañana siguiente, trajo compuesto un excelso poema sobre lo que se le había encargado, de modo que la abadesa le ordenó que abrazara la vida monástica, y mandó que se le enseñara la serie completa de la historia sagrada. Y él, lo que podía aprender escuchando a sus maestros, rememorándolo en su foro interno y, como si dijéramos, rumiándolo, lo convertía en dulcísimo poema.

No es ésta, con todo, la única vez en la que se hace mención, aunque sin reproducirlo, a un texto compuesto en lengua inglesa, pues también en 2.5 se hace referencia a los *decreta iudiciorum* que mandó escribir en lengua inglesa el rey de Kent Edilberto, a imitación de los romanos, y que pervivían aún en la época de Beda.

Hay, además, un interesantísimo pasaje en el que se reproduce literalmente una palabra pronunciada efectivamente en lengua vernácula. En 5.2 se narra la curación de un mudo. El obispo John le ordenó sacar la lengua, y, tras hacer sobre ella el signo de la cruz, y mandarle que la volviera de nuevo al interior de la boca, le dijo, y Beda reproduce aquí en estilo directo la versión latina de las palabras literales del obispo: *Dicito... aliquod verbum, dicito Gae*, para, a continuación, precisar que *Gae* es, en la lengua de los anglos, la palabra con la que se afirma o consiente, el equivalente vernáculo del latín *etiam*. Hay, todavía, una segunda referencia en la *Historia* a una palabra vernácula, el estandarte regio que precedía al rey Edwin en sus cabalgatas por su reino, que los ingleses, precisa Beda, llaman *Tuuf*, y los latinos *Tufa* (2.16). Se hace también mención de un proverbio, pero no se ofrece la versión original inglesa, sino su traducción latina: *Unde dicunt in proverbio "Deus miserere animabus", dixit Osuald cadens in terram* (3.12).

Pero el ámbito en el que más de manifiesto queda en la *Historia* la realidad multicultural y multilingüística de la Britania de la Edad Oscura es, sin lugar a dudas, el de los topónimos.¹² Hay en la *Historia* muchos topónimos no latinos cuya procedencia lingüística no se precisa, pero también referencias muy numerosas a topónimos cuyo origen se especifica como anglo, sajón, bretón, e incluso, en un caso, picto.¹³ Hay también menciones de topónimos de origen escoto, aunque se trata de localidades situadas en la vecina Irlanda.¹⁴

Llama la atención la frecuencia con la que Beda explica la equivalencia semántica latina del topónimo vernáculo.¹⁵ Podría verse en ello el simple deseo de llevar hasta las últimas consecuencias la opción de presentar la historia inglesa no en su propia lengua - si ello,

12 Sobre los nombres de lugar en Beda puede verse J. Campbell, "Bede's Words for Places", en P. H. Sawyer (ed.), *Names, Words and Graves* (Leeds), 1979, pp.99-120.

13 ..monasterio, quod vocatur lingua Anglorum Bancornaburg.. (2.2); ..in civitate quae lingua Saxonum Ythancaestir appellatur.. (3.22); ..ad Civitatem Legionum, quae.. a Brettonibus.. Carlegion appellatur.. (2.2); ..in loco qui sermone Pictorum Peanfahel.. appellatur.. (1.12). Curiosamente, los topónimos de Kent nunca se identifican como de origen juto, como ha señalado J. Hines, "The Becoming of the English: Identity, Material Culture and Language in Early Anglo-Saxon England", *Anglo Saxon Studies in Archaeology and History* 7 (1994), 49-59; 51.

14 Cf., por ejemplo: ..invenit locum in Hibernia insula, aptum monasterio construendo, qui lingua Scottorum Mageo nominatur (4.4).

15 Cf., por ejemplo, ..Degsastan, id est, Degsa lapis.. (1.34); ..Denisesburna, id est rivus Denisi.. (3,1); ..Hefenfelth, quod dici potest Latine Caelestis Campus.. (3,1); ...Selaeseu, quod dicitur Latine Insula Vituli Marini.. (4.13).

culturalmente, hubiera sido posible en aquella época -, sino en latín, pero tampoco parece descartable querer ver en ello un cierto orgullo de un representante de las lenguas emergentes que han sustituido al latín en la antigua Britania, una manera de hacer ver subliminalmente que no se trata de lenguas enteramente bárbaras, sino, de algún modo, equivalentes a la latina. En este sentido, hay que recordar que en algunos pasajes se insiste en que el topónimo actual es una sustitución operada sobre un anterior topónimo latino. En algún caso, se especifica que el topónimo inglés ha sustituido a la antigua forma romana, e incluso se ofrece la causa de dicha sustitución. Rochester, por ejemplo, anteriormente *Dorubrevis*, pasó a llamarse *Hrofaescaestrae* a partir de Hrof, un magnate de los anglos.¹⁶ En otros casos, el lector avisado se da cuenta enseguida de la relación de dependencia morfológica entre el topónimo romano y su sustituto inglés.¹⁷ La relación de dependencia formal entre los dos topónimos se plantea explícitamente en el caso de Richborough, y la evolución del latín al inglés se siente, con un cierto complejo de inferioridad, como una corrupción lingüística: ... *civitas quae dicitur Rutubi portus, a gente Anglorum nunc corrupte Reptacaestir vocata...* (1.1). En otro pasaje, incluso, Beda se permite, a la vista de los nombres distintos que dan a la ciudad que los romanos llamaban *Civitas Legionum* (es decir, Chester) los anglos (*Legacaestir*) y los bretones (*Carlegion*), opinar sobre cuál de los dos sustitutos del topónimo latino resulta más adecuado, concretamente *Carlegion*.¹⁸ No es éste, por cierto, el único pasaje en el que Beda insiste en que un mismo lugar recibe nombres distintos en cada una de las lenguas que se emplean en la isla. En 1.12, por ejemplo, se indica que el lugar que los pictos llaman *Peanhafel*, los anglos lo denominan *Peneltun*.¹⁹

De modo que, mientras que las convenciones de la presentación literaria en estilo directo de los parlamentos supuestamente emitidos difuminan y prácticamente anulan las diferencias lingüísticas que caracterizaban a la Inglaterra de los primeros siglos de la Edad Media, las referencias toponímicas insisten, con una nota en sordina de legítimo orgullo, en la condición de las lenguas de anglos, escotos, bretones y pictos como sustitutas en Britania de la latina, y hacen manifiesta e indubitable en la *Historia Ecclesiastica* la existencia de dicha diversidad, *quod erat scilicet investigandum*.

16 ..in civitate Dorubrevi, quam gens Anglorum a primario quondam illius qui dicebatur Hrof, Hrofaescaestrae cognominat (2.3).

17 ..secessit ad civitatem Calcariam quae a gente Anglorum Kaelcacaestir appellatur.. (4.23).

18 ..ad Civitatem Legionum, quae a gente Anglorum Legacaestir, a Bretonibus autem rectius Carlegion appellatur.. (2.2).

19 in loco qui sermone Pictorum Peanhafel, lingua autem Anglorum Peneltun appellatur (1.12).